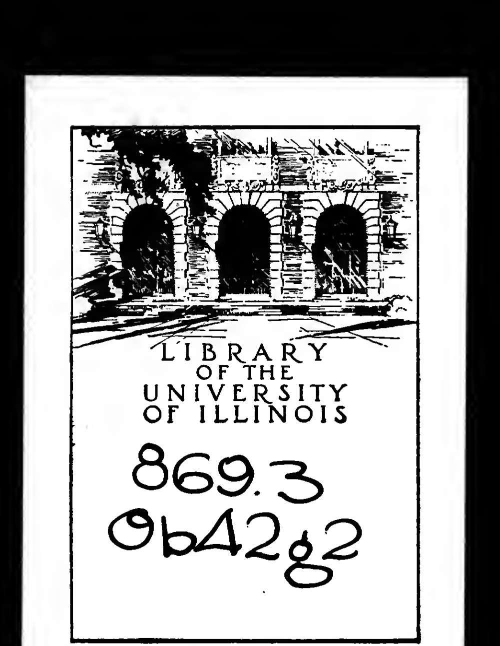
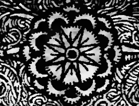


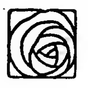


PEDRO MIGUEL OBLIGADO

GRIS

POESÍAS

(2.a EDICIÓN, CORREGIDA)



1922

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

GRIS

Libros publicados por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

Crítica

LUIS RODRÍGUEZ ACASUSO. — *Del teatro al libro.*
M. A. BARRENECHEA. — *Historia estética de la música.*
M. A. BARRENECHEA. — *Un idealismo estético.*
ALEJANDRO CASTIÑEIRAS. — *Máximo Gorki* (su vida y sus obras).
ATILIO CHIAPPORI. — *La belleza invisible.*
ARMANDO DONOSO. — *La senda clara.*
CARLOS IBARGUREN. — *De nuestra tierra*
CARLOS IBARGUREN. — *La literatura y la gran Guerra.*
ALVARO MELIÁN LAFINUR. — *Literatura contemporánea.*
JOSÉ LEÓN PAGANO. — *El santo, el filósofo y el artista.*

Cuestiones sociales y políticas

JUAN ALVAREZ. — *Buenos Aires.*
MARCO M. AVELLANEDA. — *Del camino andado.*
JUAN A. GARCÍA. — *Sobre nuestra incultura.*
AUGUSTO BUNGE. — *Polémicas.*
M. DE VEDIA Y MITRE. — *El gobierno del Uruguay.*

Historia

JOSÉ INGENIEROS. — *La locura en la Argentina.*

Novelas y cuentos

ERNESTO MARIO BARREDA. — *Desnudos y máscaras.*
HÉCTOR PEDRO BLOMBERG. — *Las puertas de Babel.*
CARLOS CORREA LUNA. — *Don Baltasar de Arandia* (2ª edición).
JUAN CARLOS DÁVALOS. — *El viento blanco.*
MANUEL GÁLVEZ. — *La sombra del convento.*
VÍCTOR JUAN GUILLOT. — *Historias sin importancia.*
BENITO LYNCH. — *Raquela.*
LUISA ISRAEL DE PORTELA. — *Vidas tristes* (2ª edición).
ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.—*Jesús en Buenos Aires.*
EDMUNDO MONTAGNE. — *El cerco de pitas.*
HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ. — *El Caminante.*
HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de amor, de locura y de muerte.*
HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de la selva* (para los niños).
HORACIO QUIROGA. — *El Salvaje.*

VICENTE A. SALAVERRI. — *El corazón de María.*
VICENTE A. SALAVERRI. — *El Hijo del León.*

Viajes

ERNESTO MARIO BARREDA. — *Las rosas del mantón.* (España).

Poesía

MARIO BRAVO. — *Canciones y poemas.*
ALFREDO R. BUFANO. — *Poemas de provincia.*
DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ. — *La nouvelle moisson.*
ARTURO CAPDEVILA. — *Melpómene.*
ARTURO CAPDEVILA. — *El libro de la noche.*
EUGENIO DÍAZ ROMERO. — *El templo umbrío.*
FERNÁNDEZ MORENO. — *Ciudad.*
JUANA DE IBARBOUROU. — *Las lenguas de diamante.*
RICARDO JAIMES FREYRE. — *Los sueños son vida.*
LUIS MARÍA JORDÁN. — *Primavera interior.*
PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *Gris* (2a edición).
PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *El ala de sombra* (2a edición).
ALFONSINA STORNI. — *El dulce daño* (2ª edición).
ALFONSINA STORNI. — *Irremediablemente.*
ALFONSINA STORNI. — *Languidez.*
PABLO SUERO. — *Los cilicios.*

Psicología

ALBERTO PALCOS. — *El Genio.*

Teatro

ARTURO CAPDEVILA. — *La Sulamita* (4ª edición).
ARTURO CAPDEVILA. — *El amor de Schahrazada.*
HORACIO QUIROGA. — *Las Sacrificadas.*

Temas varios

ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas.*
MARTÍN GIL. — *Modos de ver*

Traducciones

CARLOS MUZIO SÁENZ-PEÑA. — *La cosecha de la fruta* de Rabindranath Tagore (2ª edición).
M. DE VEDIA Y MITRE. — *El héroe y sus hazañas*, de Bernard Shaw.

Vida de nuestras ciudades

JUAN CÁRLOS DÁVALOS. — *Salta.*
ROBERTO GACHE. — *Glosario de la farsa urbana* (2ª edición).

PEDRO MIGUEL OBLIGADO

GRIS

POESÍAS

(2.a EDICIÓN, CORREGIDA)



1922

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

DEL MISMO AUTOR

El ala de sombra. — Poesías. — (2ª edición).

GRIS

El cielo es de humo. Se ve, en el confín,
el bosque cual nube pesada y obscura.
Parece que el verde del verde jardín
se inmaterializa... La brisa murmura
palabras extrañas de una lengua hueca
que antes conocimos... Y rueda ruidosa
la hojarasca seca, como en una rueca
que gira, invisible, loca, misteriosa...

Es día de ensueños y de sutileza,
en que todo es débil y todo se esfuma;
y ¿por qué si hoy tiene más delicadeza
la vida, con carga más pesada abruma?...
Se retraen las cosas, se hunden y se alejan;
entre el verde, tienen las casitas algo
de ropas lavadas, y cuadros semejan
los paisajes, propios de un marqués y un galgo...

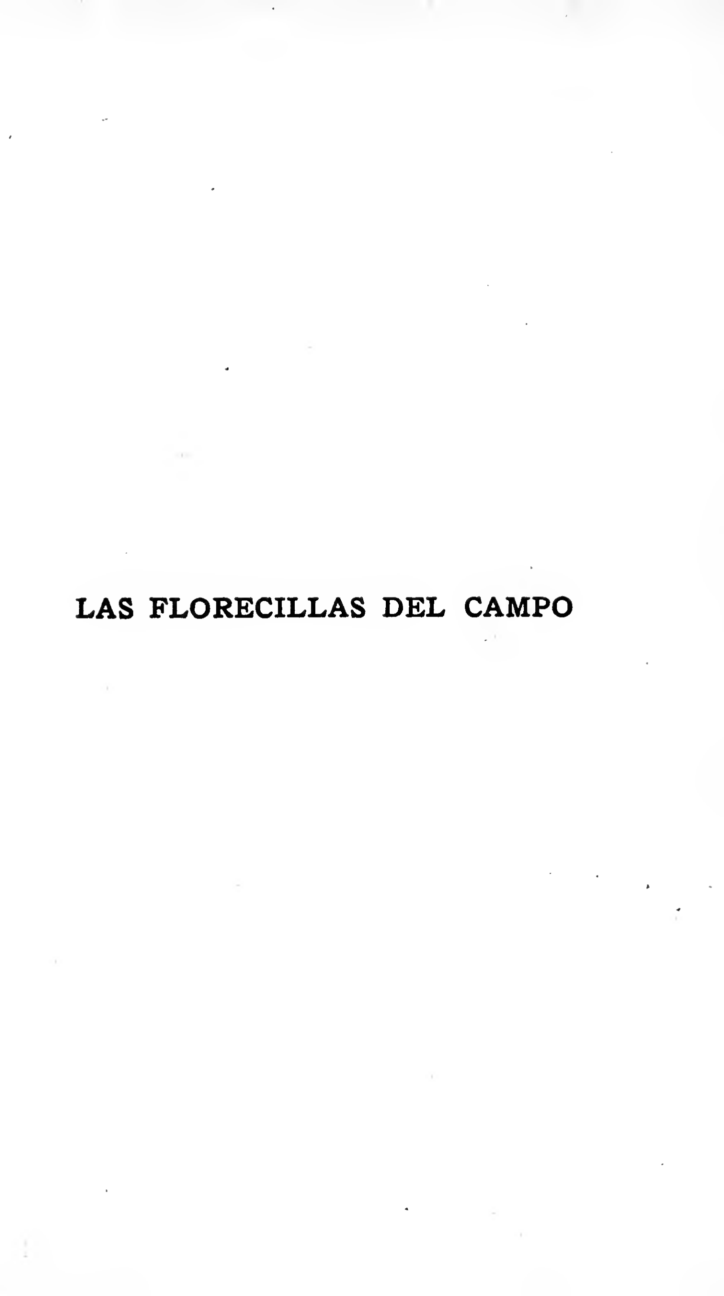
Y chisporrotea la lluvia, y chasquea
la fusta furiosa de los chaparrones,
que chista en los charcos que el agua flechea;
charcos donde flotan frutos y botones.
Y la lluvia sigue. Si la racha fuera
persistente, pobre la choza de paja,
tan agachadita, junto a una palmera
que es como un paraguas que el chubasco raja!

Bramando, del campo llega un tren. Muy lento
sigue luego, como si al marchar se ahogara
de fatiga; y sopla su brumoso aliento,
tal como si un cielo gris desparramara...

Horas de ceniza. Todos los dolores
de la tierra encuentran un triste consuelo;
y cual terso lago toma los colores
del espacio, el alma sólo es un anhelo...
¿Qué esperamos? ¿Sueña nuestra intimidad,
una resignada e inútil ternura?
Sentimos el día como una bondad
que, de tan intensa, se vuelve amargura.

Gris, delicadeza de lo negro; gris
de melancolía, que es pena ideal;
gris de viaje largo; del hondo país
del silencio, en donde se une, el bien al mal...
Gris y gris... ¡Qué solo me siento este día!
¿Seré una nube que se lleva el viento?
¿Un soplo que quiere tener melodía,
y pasa, y ha sido tan sólo un acento?

¡Quién sabe!... Me quedo sin ser, distraído...
Es que alguien me llama, que sufro su encanto.
¡Las nubes!... Mis ojos se han humedecido:
¡es que llueve tanto!...



LAS FLORECILLAS DEL CAMPO

Entre yuyos y piedras, sobre el árido suelo,
por llenar de alegría los desiertos campestres,
surgen cual las estrellas anónimas del cielo,
florecillas silvestres.

Nadie quiere su aroma, nadie cuida sus plantas.
Sufren sol, frío, lluvias: si obtuvieran las flores,
como las almas, gloria, éstas por sus dolores,
deberían ser santas...

Crecen en todas partes; en aldeas y puertos
son como los recuerdos fragantes de los llanos,
y en los marchitos huertos,
son rastros de caídos sentimientos humanos...

Esmaltan el vestido sutil de la barranca,
tal como una llovizna que hubiese florecido...;
allí va a perfumarse la brisa, y las arranca
para adornar con ellas algún rincón querido.

Chispitas olorosas, salpican un camino;
de entusiasmo, a las púas de los cercos se enredan,
hasta un día en que agachan sus cabezas, y quedan
como si presintiesen la hoz del remolino...

La casa del labriego, tumbada en el erial,
no tiene más adorno
que el fresco delantal
que le ciñen las flores silvestres del contorno.

El buey, el perro, el potro y el burrito mimoso,
cuando caen trabados por la muerte, en las eras,
hallan junto a su cuerpo, el recuerdo piadoso
de estas flores: sin duda, llanto de las praderas...

Como si fuesen almas de pajaritos muertos,
escapan en bandadas a la lluvia más leve,
y vuelan por desiertos
tal como si gozaran con que el viento las lleve.

¿Quién conoce la mano que las siembra en el suelo?
¿Son semillas caídas del jardín esperado?
¿Es que la noche, al irse, por recuerdo del cielo,
deja el campo estrellado?...

Como ellas, descuidadas y sin nombre, yo tengo
muchas fragancias puras;
y como ellas soporto ciclones, y mantengo
entre yuyos y piedras, la flor de mis dulzuras.

Soy débil a los vientos; cuando abrazo me espino
con las púas de cercos... ; en sendas solitarias
sufro sol, frío y lluvias: hay mucho en mi destino
de las flores agrarias.

Y si el campo del alma se cubriera de amores,
yo elegiría aquellos que nadie recompensa,
y que silvestres crecen, así, como estas flores
humildes, que no temen la soledad inmensa.

A UN MUERTO DESCONOCIDO

En la caja negra duermes sin recelo,
entre dos hachones
que lloran tu duelo
y que se dirían dos admiraciones...

Duermes sin recelo, como dormirías
siendo niño; es madre la muerte, también;
sentiste un descanso que no conocías,
y en un pecho helado dejaste tu sien.

Para siempre duermes en la eterna cuna;
tan blanca, tan blanca la rígida cara,
como si tu alma, que ha ido a la luna,
la luz de ese mundo en ti reflejara.

¡Qué humilde tu muerte! Algunas vecinas
te rezan; no tienes ni llantos ni galas;
sólo hay en la puerta dos leves cortinas
que son como alas...

¿Dónde está tu madre que no está a tu lado?
¿No tuviste hermanos? ¿No hallaste un amigo?
Nadie te quería, nadie te ha llorado:
has muerto lo mismo que un viejo mendigo.

¡Tus manos te adornan!, caídas cual rosas
encima del pecho;
y duele la idea de todas las cosas
sencillas y buenas, que ayer habrán hecho.

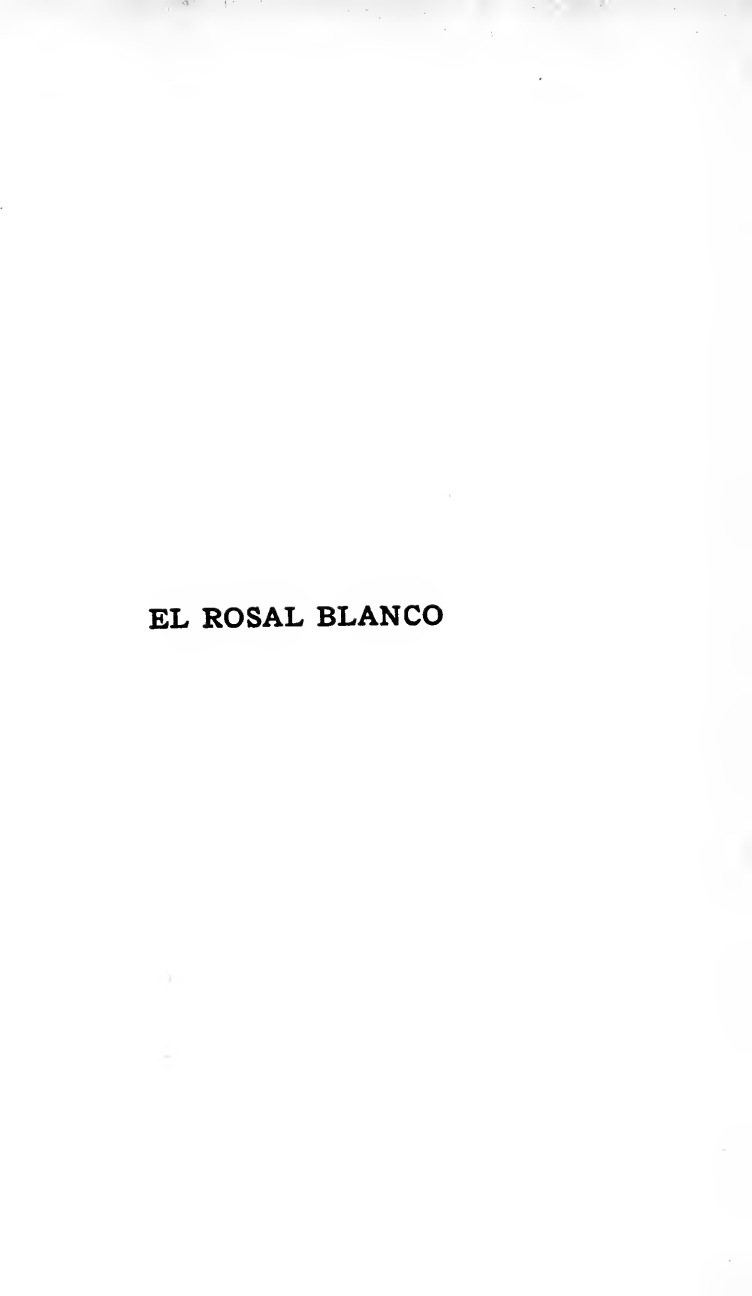
No sé tu pasado, no sé lo que has sido.
¿Buscaste la dicha, la gloria o el oro?...
No importa: eres noble, puesto que has sufrido
y eso sí, tu inmensa soledad no ignoro.

No ignoro que viendo la muerte cercana,
buscaste la almohada caliente de un brazo;
llamabas, ¿no es cierto? a un alma lejana
para que te diera la fe de su abrazo.

Y no vino nadie; y al dejar el suelo,
cuando un ángel vino para preguntarte
con qué ser querías estar en el cielo,
¡no halló tu recuerdo quien pudiera amarte!...

Hermano: quisiera poner en tu mano,
lo mejor que tengo, que es mi corazón,
para que supieras de algún ser humano
que ha dejado triste tu separación.

Hermano: si puedes, sé bueno, y espera
mi última hora, y llora por mí:
tal vez, yo no encuentre nadie que me quiera,
y tal vez me muera, como tú, así...



EL ROSAL BLANCO

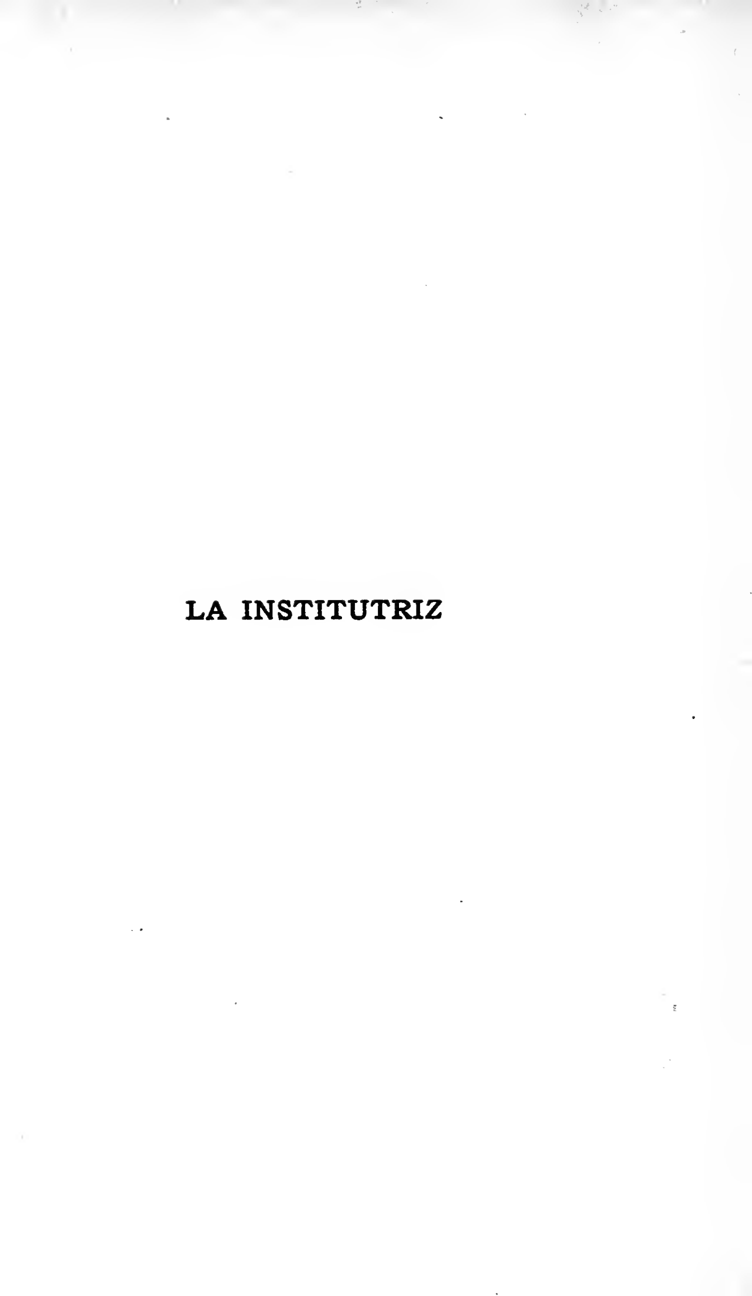
BLANCO rosal que has crecido
como un sueño, una ilusión,
del jardín entristecido,
esas flores tuyas son
rayos de luna que han ido
a hacer en ti floración;
y así, cuando cae la noche,
cual un árbol de festín,
haciendo de luz derroche
iluminas el jardín...

De tan cálida manera,
aunque es invierno has brotado,
que al mirarte se dijera
que un sudario has colocado
al vergel, que acaso muera.
Planta del cielo, con alma
de poeta, ingenua y pura;
¡cuánto hay de ensueño en tu calma
y de Dios en tu blancura!...

Flores de nácar, ¡qué incierto
es vuestro destino! ¿Amor
vendrá a llevaros del huerto?
¿como recuerdo, el dolor,
os cortará para un muerto?,
o ¿iréis por el leñador
vendaval, del suelo al lodo?...
Pequeñitas lunas, rosas,
que vierten bondad en todo,
en los senos y en las fosas...

Siempre en casa, sobre el piano,
estas flores estuvieron,
y su idealismo cristiano
en nuestra vida pusieron,
hasta que se fué la mano
que las cuidaba, y murieron
Las que hoy perfuman mis penas
abriendo sus almas francas,
son como ellas... Almas buenas,
¿qué sois sino rosas blancas?...

¡Oh, rosal! yo desearía
que tus flores derramaran
con su olor, su poesía,
en la tumba en que se hallaran
restos de la vida mía.
Cuando todos me olvidaran,
mi corazón, blanca rosa,
consolaría el encanto
de ver caer en mi losa
la blancura de tu llanto.



LA INSTITUTRIZ

MAPAS, cuentas y libros, gravemente inocula
en los ojos absortos de los niños, y muestra
tal indiferentismo, que parece siniestra:
aunque está junto a todos, con nadie se vincula.

Se hace sombra y silencio, por lo que disimula...
¡Siempre ausente!... ¿no vive?... Su ser hunde y secuestra
tanto, que se diría que es humo esta maestra
que al soplo de la vida se disipa y se anula.

Su físico tiene algo de figura geométrica,
y su andar nos recuerda que es su hermano, el compás.
Es aguda, ágil, miope... lo demás es de más...

Y cuando no la miran, como una imagen tétrica,
lagrimea en el fondo de un obscuro rincón...
Y por eso se sabe que tiene corazón.



LA VISITA DE LAS SOMBRAS

Mi cuarto se ha poblado de sombras misteriosas,
que han venido silentes, a sentarse en las sillas,
las frentes inclinadas, como esas dolorosas
visitas, que custodian las fúnebres capillas.

Han venido lo mismo que un torrente de noche,
como un cortejo negro de nubes... Han venido
del pasado, a cercarme con tan mudo reproche,
que unas frías tenazas en mi cuello he sentido.

¿Qué sombras serán éstas?... ¿Nubarrones de llanto?
¿Los restos de las vidas que se fueron del mundo?
¿Fantasmas que en la infancia nos causaron espanto?
¿Almas que han detenido su marchar vagabundo?

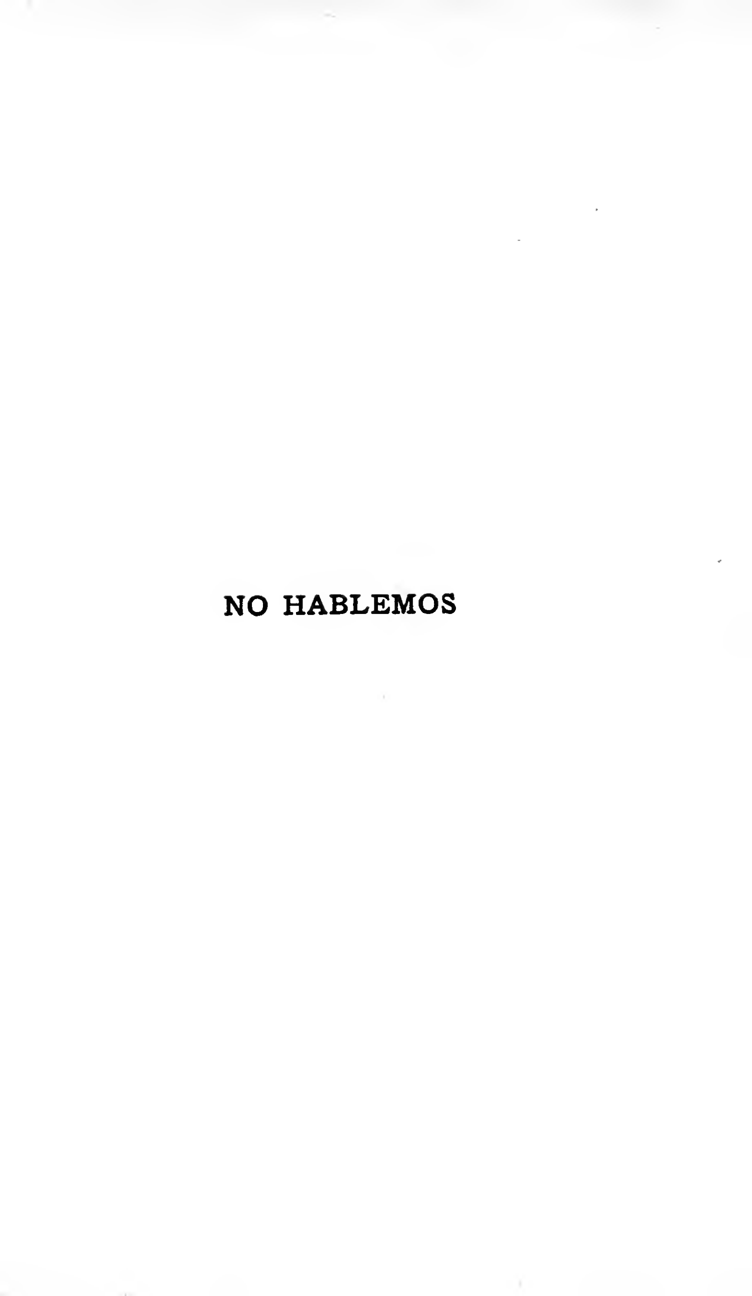
Nada sé... Algunas salen, como a llorar afuera;
Otras se abrazan, y oígo que dicen: — ¡Está muerto! —
Como no las conozco... ¡No veo! ¡Oh, si pudiera
contemplarles el rostro, que el olvido ha cubierto!...

Son mis pasados sueños seres que ya no amo,
esperanzas marchitas, en las que ya no espero;
muchas cosas queridas, que hoy ni busco ni llamo,
y que, al verme impasible, comprenden que me muero.

Pero no son los mismos: han perdido el encanto;
como no los deseo, me parecen lo que eran...
Aquello que me hacía sufrir, y quise tanto,
fué lo que yo esperaba y quería que fueran...

¡Ah, si pudiese hablarles! Tal vez algún cariño
me tienen: pues llegaron al saber que sufría...
¡Si sólo fuera miedo, como cuando era niño,
como en aquellas noches que a un beso me dormía!...

Imposible... No escuchan, y me ahoga el mutismo.
Sí, ya sé; como éstas, fueron todas mis cosas...
Ya sé que no existían nada más que en mí mismo...
Mi cuarto se ha poblado de sombras misteriosas...



NO HABLEMOS

No hablemos... De los jardines
llega la tibia fragancia
familiar de los jazmines,
como un recuerdo de infancia.

Todo es vago en este día;
parece que cuánto existe
medita una poesía
deliciosamente triste...

Seamos como las cosas:
calladas de abatimiento;
y que dé como las rosas,
su perfume, el sentimiento.

No hablemos... En la serena
consolación de la brisa,
ha de sentir nuestra pena
la ilusión de una sonrisa...

Dame tu mano, y marchemos
al vergel de lo pasado;
tal vez en él encontremos
algún jazmín olvidado...

¿Se habrá borrado la huella
de aquel celeste derroche?
¿No hemos de hallar ni una estrella
en las nubes de esta noche?

No hablemos... Si es que deseas
confesarme tu pasión,
calla, y deja a las ideas
latir en el corazón.

Y si es que ya no me quieres,
la bondad de tu callar
me dirá que siempre eres
mi luna, y podré soñar.

La voz no cambia el destino,
y muchas veces engaña.
Vámonos por el camino
del silencio, a la montaña...

Todo es humo: los sonidos
y los perfumes; soñemos
con que los seres queridos
nos acarician: No hablemos...



EL PIANO LEJANO

SUENA un piano lejos, ¿quién lo tocará?...
Algún alma triste, pues vacilan mucho
las notas, que escucho
como la caricia de alguien que se va...

Notas que se quejan de una eterna ausencia,
y que acaso tiemblan, porque son un vuelo
del anhelo al cielo;
notas que confiesan una confidencia...

Oigo los sonidos como si llovieran...
Me parecen besos mustios que al abrirse,
no hallaran do asirse,
y en busca de amores por el aire fueran.

Ora son latidos de Chopín que abruman.
ora es que Beethoven, extático, sueña;
o es de Grieg risueña
campiña, o es flébil ascensión de Schumann.

Suena un piano lejos, ¿quién lo tocará?...
Suena tan lejano, que es como un recuerdo
que ya no recuerdo;
y es su voz, caricia de alguien que se va...

Ser que insinúas en la melodía
una poesía sutil y galana,
a tu voz se hermana,
como en lo infinito, tu alma y la mía.

Yo sé lo que dice sin querer tu pena,
en la lengua clara y hermosa del llanto,
y la entiendo tanto,
que tu desencanto mi espíritu llena.

Alma, tú me llevas por regiones bellas,
y al pulsar las notas que enciendes, parece
que, ante un mar, florece
la serena altura, racimos de estrellas

Alma, ¿no presientes algún ser humano
que te oye llorando? ¿No escuchan tus notas?
Yo no sé si notas
que estoy palpitando dentro de tu mano...

El dolor nos une, nada nos separa,
porque estamos lejos y nos ignoramos.
Hoy juntos soñamos;
pero si te viera, tal vez no te amara...

Música lejana, perfume invisible,
si el humo sonase tendría tu acento;
vago amor que siento,
has de ser eterno si eres imposible...

LA CARIDAD DE LA LUNA

¡QUÉ linda la luna que vá por el cielo!
La tierra, encantada, delira.
El alma, aunque siente un vago consuelo,
suspira...

No estamos tan solos; un ser nos espera
con sus naves blancas... alguien que nos quiere.
Se oye un batir de alas... ¿será la quimera?...
¿un ángel?... ¡Quién sabe si todo se muere!...

La vida es tristeza; pero hay en lo triste,
como en esta noche, mucha claridad:
Las penas nos muestran un alma que existe
dentro de las cosas, toda suavidad.

¡Qué linda la luna que vá por el cielo!
Perfuma la noche serena.
Consuelo...
¡Qué caritativa es la luna llena!

Quiero ser humilde, quiero ser más bueno.
¡Lloviznan jazmines!...: ¿qué vamos a hacer?...
Parece que todo está lleno
de la luna blanca de un blanco querer.

¿No sueñas, hermano? ¿No es tu corazón
tal como la luna que va por el cielo?
¿Sonámbula marcha tu enferma ilusión
entre las estrellas?... Jazmines, consuelo...

No sabemos nada... ¿Qué vamos a hacer?...
¿Quién llora?: la noche es serena...
Sueño con que alguien me empieza a querer:
¡qué caritativa es la luna llena!

MADAME BUTTERFLY

COMO flor que volara por serenos jardines,
esparciendo en la brisa su perfume sutil,
surges tú, mariposa de lejanos confines,
con encanto sencillo de leyenda infantil.

Eres seda: tu modo cual süave crujido,
es caricia en secreto; eres ave: caminas
con la gracia de un vuelo; eres huerto florido:
tu sonrisa es un soplo con olor a glicinas...

Como imagen de un biombo, bajo cerezos vagas
con una enorme sombrilla que es un sol oriental;
en tu peinado tiemblan alfileres cual dagas,
y en tu kimono se hincha fabuloso animal.

Atraviesas la escena como gasa flotante,
y luego, cuando loca de dolor te suicidas,
mimosamente humilde te vas, con la inquietante
vacilación que tienen las hojas desprendidas...

¡Oh, Cio-Cio-San! tu vida fué una llama
por dócil y terrible; de dicha te encendiste,
y con ese derroche ingenuo del que ama,
lo que no te pedían, tu frágil alma, diste.

Y como quien, alegre, deshoja un crisantemo,
te arrancaste sonriendo todo lo que era tuyo,
cual pétalo por pétalo, con un amor supremo;
y luego te dejaron...: ya no eras más que un yuyo.

Te creían muñeca, y fuiste una heroína;
si eras de porcelana, supiste ser de acero;
tu espíritu lo mismo que gota cristalina
que se hiciera diamante, volvióse firme, entero.

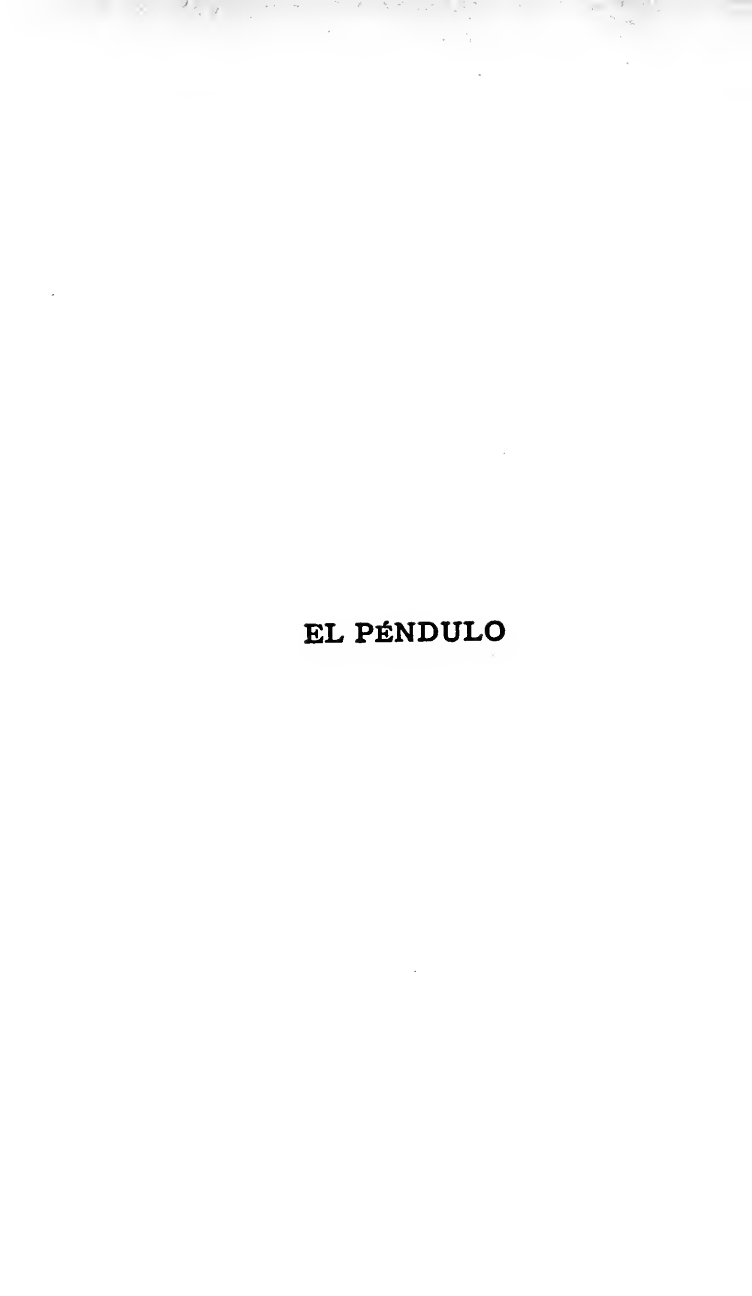
¡Qué alegría tenías al saber el regreso!
Si hubieras sido un árbol, habrías florecido;
pero eras sólo un alma, y sólo abriste un beso
que se quedó temblando como un pájaro herido.

Después, ¡qué horror!, la vida te rompió el corazón,
cual torrente que troncha la encarnada peonía;
tu castillo de humo, lo deshizo un tifón;
y aunque estabas ahogada, tu boca sonreía.

Del beso preparado, formaste la sonrisa,
te dió más entereza, la angustia, Butterfly;
y sin una palabra, sin un gesto, sumisa,
te clavaste una daga, tal como un samuray.

¡Ah, todos esperamos como tú, ver un día
el hilito de humo de la barca soñada;
todos somos lo mismo: un canto de alegría
y esperanzas que esperan en el humo, en la nada!

Tu historia, como un beso que se empapa de llanto,
nos deja una caricia que la inunda el dolor;
tú sufriste en silencio, la dicha y el quebranto,
tú, la más delicada víctima del amor.



EL PÉNDULO

COMO una cavilación,
el péndulo se pasea
en la caja, que negrea
cual un fúnebre cajón.

Con monótono tón, tón,
algo destruye y golpea...
Sus latidos dan la idea
de un enfermo corazón.

¡Se diría que es el pulso
de la Eternidad!... Navega
—¿a dónde? — con ebrio impulso...

Si le preguntamos, niega...
Y es bajo el reloj, suspenso,
un signo de asombro inmenso...

LA ALMOHADA

¡UNA almohada de rosas!... Yo quisiera una almohada
como un jardín, en donde pudiese descansar,
y el alma por la brisa del ensueño hamacada,
cual hoja, levemente se sintiese vagar.

Yo quisiera la almohada de algún brazo querido;
pondría mi cabeza sobre esa fresca rama,
como si fuera un nido;
y estaría contento, con la fe del que ama.

Porque un brazo es la almohada de ternura más honda
—confidente sumiso que atesora un consuelo—.
¡Qué dicha hallar un brazo tibio que nos esconda:
media luna de nácar que le tenga en el cielo!

Yo quisiera una almohada que me diese el cariño
ideal de una hermana, de un amigo y de un padre;
un sostén palpitante: ¡qué pena no ser niño
que duerme sobre el pecho sereno de una madre!...

Pero nada: Es otoño, se han secado las rosas;
los seres que he querido sin duda, no serán
almohadas deliciosas;
y la infancia está lejos; y los sueños se van.

Debemos resignarnos a una almohada cualquiera,
sin rosas, sin cariño, sin vida, sin honduras;
toda almohada es peldaño de la azul escalera
que sube el alma, en sueños, buscando las alturas...

La almohada es el objeto más puro de la tierra;
levanta nuestra frente, serena nuestro amor;
la lágrima que enjuga, los párpados que cierra
y el beso que recibe, conocen su frescor.

Los ángeles la hicieron para un huérfano triste;
su deseo es el vuelo, pues de plumas la han hecho;
y su virtud consiste
en dar a quien no tiene quien le quiera, su pecho.

Es umbral del misterio, desde el cual esperamos
que el ensueño nos abra su fantástica puerta:
si los ojos cerramos,
vemos frente a nosotros, la inmensidad abierta.

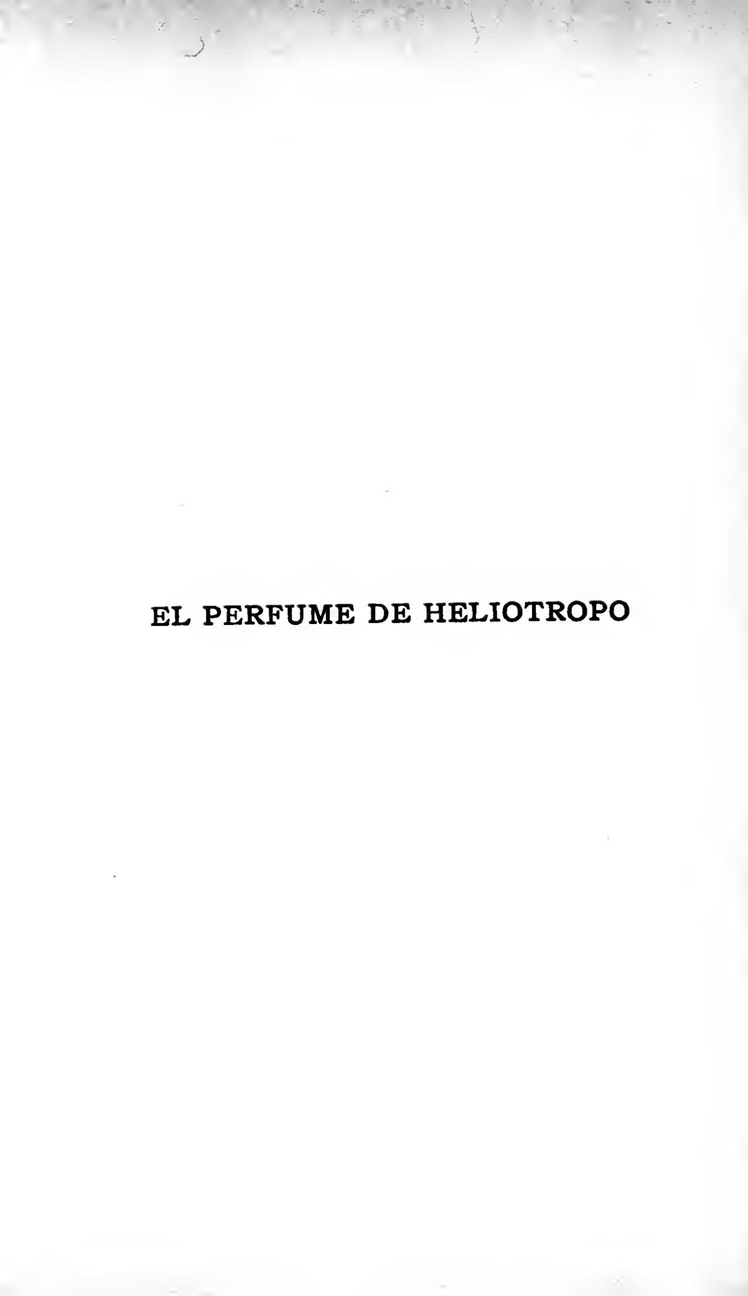
Y las visiones pasan... Alguna que no vemos:
"—¿Me recuerdas? ¿No sabes que te espero?"—nos dice.
Sentimos que se moja nuestra faz... No sabemos
si es que estamos llorando, si es que ella nos bendice.

Es el lugar en donde tenemos graves citas
con los seres que ocupan el espíritu nuestro;
donde, rotas del uso, se caen las mascaritas
de ilustre gobernante, de fuerte y de maestro.

Es el único sitio donde el ser que adoramos
nos da un íntimo beso, silencioso, en la mente;
un beso tan divino, con tal luz, que soñamos
que somos como un ángel, con un astro en la frente...

Entrega lo imposible, liberta los anhelos;
por oleajes de sombra, nos lleva a la mañana.
Y nos enseña cielos
y mares y campiñas, porque es una ventana...

Y el día en que la vida, como un vaso se quiebre,
—tal vez solos y ancianos — el día en que destruya
nuestro cuerpo, el cansancio, la tristeza o la fiebre,
yo sé que una caricia no faltará: la suya.



EL PERFUME DE HELIOTROPO

¿Por qué el perfume de heliotropo
me da emoción de día gris?
¿Recuerdos vagos?... ¿sombras? ¿sueño
con algún místico país?...

Para sentir mejor su aroma,
cierro los ojos, y aparece
una casita junto a un lago,
donde una tarde se estremece...

Y surge un ángel lila y blanco,
Cual los veía Fray Angélico
que con sus ojos de amatista
me torna dulce y evangélico.

¡Oh, este perfume de heliotropo
sencillo y vago, qué bien hace!
Es como música serena:
ante él, lo malo se deshace.

Es para mí, cual mano amiga
que me acaricia; algo que calma
mi soledad, como un piadoso
beso de madre, sobre el alma...

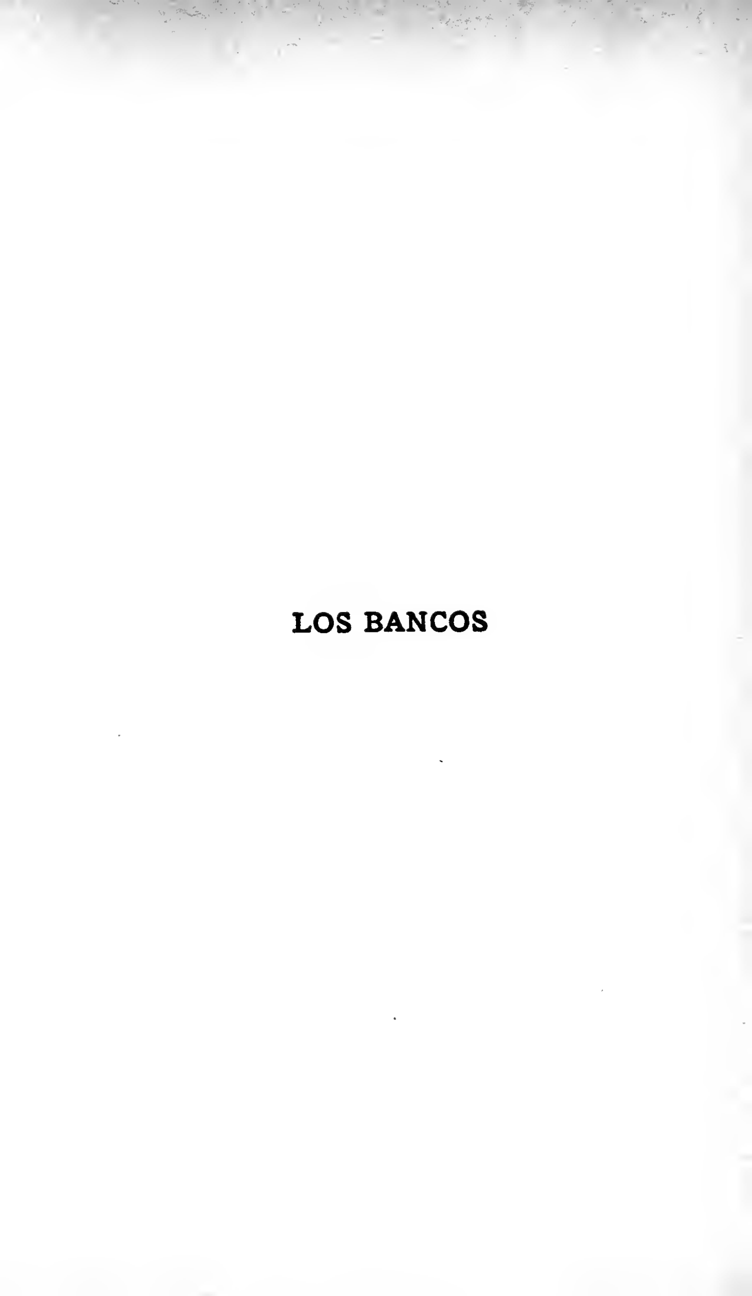
¿Por qué el perfume de heliotropo
me da emoción de día gris?
¿Y este angel lila? ¿y esta choza?
¿y este azul místico país?...

Visión de un mundo en que he vivido
antes de haber llegado aquí.
Siento el olvido...: sé que un tiempo
aquellas tierras conocí.

Ángel de ojos de amatista,
guía con ellos mi camino;
casita humilde, abre tus puertas
a un vacilante peregrino.

¿Por qué el perfume de heliotropo
me da emoción de día gris?...





LOS BANCOS

Los bancos parecen los nidos de amor,
en hondos jardines que apaga la lluvia;
un sauce llovizna como un surtidor,
y un álamo, al soplo del viento, diluvia.

¡Qué melancolía tienen este día
esos bancos verdes del parque desierto!
Es tal vez que sufren con la lluvia fría,
recordando que eran árboles de un huerto...

Y llueven sobre ellos los jazmines blancos,
como una caricia perfumada y pura;
y acaso creídas en verdes barrancos,
las flores, recobran su olor y frescura.

Los bancos parecen los nidos vacíos
de amor, en las sendas que son como ramas.
Hoy firmes resisten la lluvia de ríos,
y pronto, en el fuego, serán unas llamas...

A los vagabundos les dieron descanso,
a los pensadores la calma propicia,
a los afligidos un suave remanso,
y a todos, la verde, forestal delicia.

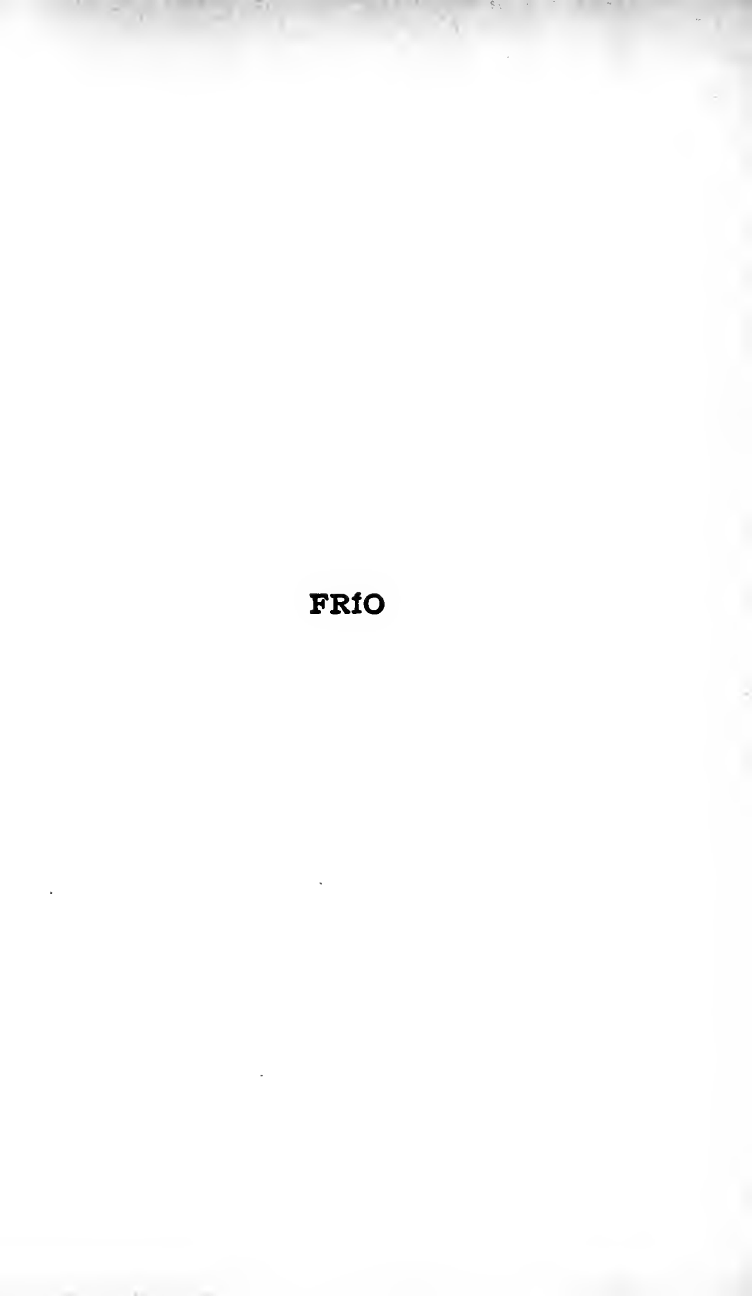
La onda de sus cuerpos meció a los amantes,
tan alto. que al cielo volando se fueron;
y las almas que eran cual naves errantes,
en ellos, un puerto tranquilo tuvieron.

Son confesionarios de amor, donde un pino
suele hacer las veces de un atento Padre...;
saben las crueldades que hay en su destino,
y al mundo le ofrecen sus faldas de madre...

Yo no sé qué tienen de hogares abiertos,
de mudos amigos que esperan la hora
en que regresemos a su lado, ciertos
de que al fin rechaza la vida traidora.

Cuando queden rotos, como barcos viejos
del oleaje humano, y llenos de herrumbre,
vendrán a sacarlos y a llevarlos lejos,
¡para que en invierno den calor y lumbre!...

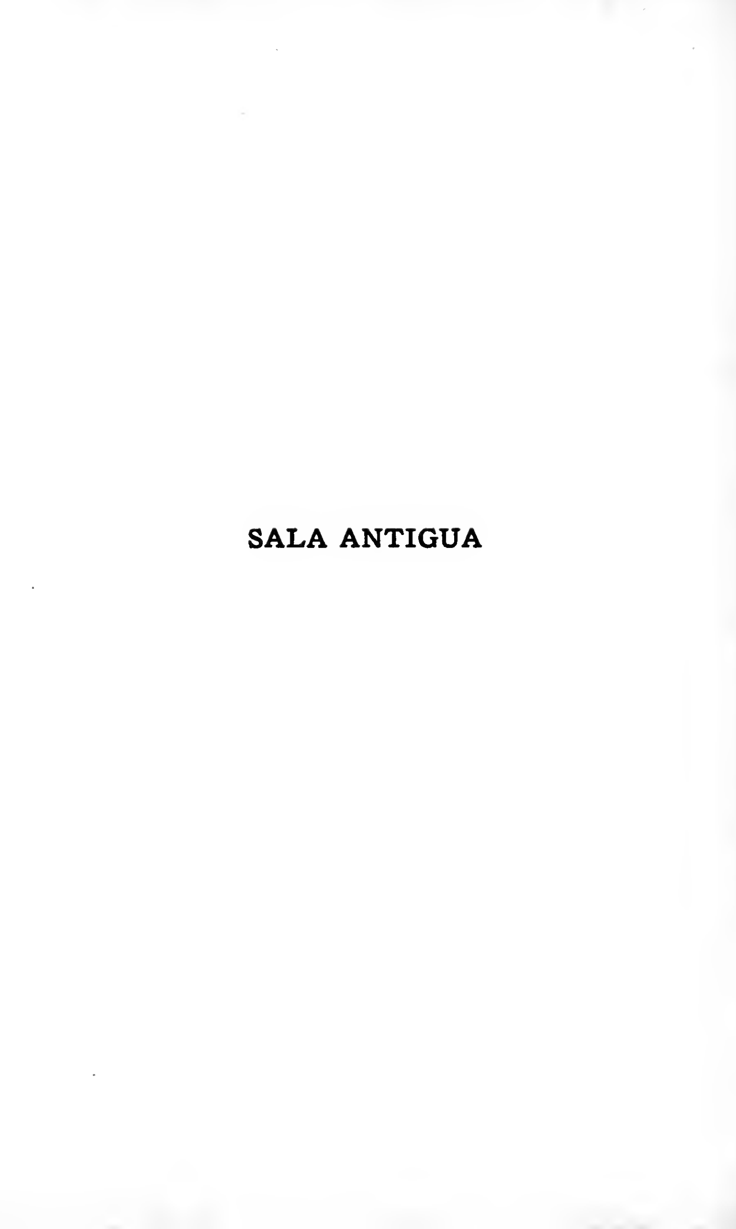
Los bancos parecen altares de amor,
que lenta bendice la lluvia del día;
altares en donde recé con fervor,
sin ver el milagro de algún alma mía.



FRÍO

¡Dios mío. los recuerdos!
Están en todas partes,
y no son nada...
Recuerdos olvidados
que han surgido de pronto,
y nos han dado miedo:
—"¡Cómo se va la vida!... ¡no es posible!..."—
Los recuerdos vulgares
de cosas que no tienen importancia.
Entre ellos y nosotros
hay un pasado hueco,
cual un río sin agua...

¿Qué hicimos de esos días
que no nos han dejado ni un recuerdo?...
La memoria se llena
de visiones de cosas que no existen;
notas de una canción enmudecida;
unas chispas de luz, entre la sombra
inmensa de las almas...
Los recuerdos dan miedo:
después que nos muramos,
ni esto quedará de nuestras vidas...,
ni esta impresión fugaz, ni esta ternura
desesperante, inútil; nada, nada...
¡Dios mío, los recuerdos!...



En la sala inútil el benjuí se esfuma,
haciendo preguntas sobre un hemisferio
de plata, cargado de viejo sahumerio;
y su soplo honesto, perfuma y perfuma.

Cortinados blancos adornan las puertas,
que al sol vuelven luna de dorada faz;
cortinados castos, que derraman paz
en el orden frio de las cosas muertas...

Tapizan un biombo retratos castaños,
que el tiempo, esa sombra, borra y oscurece;
y aunque algunos ríen, que lloran parece,
frente a la evidencia de sus desengaños.

Son esos retratos, como verdes hojas
que descienden solas a la tierra, y luego
las seca y las junta la brisa en su juego:
¡Oh, edad, viento recio que unes lo que arrojas!

Aquí hermosa niña va a su comunión,
con algo de Ofelia, con algo de luna;
y cerca, la misma, de novia, con una
corona de azahares: santificación...

¿Sabéis?... Con los años este largo tul,
blanco como de ángel, lo llevó de muerta:
¡Tal vez en el cielo le abrieron la puerta,
creyendo que era de aquel reino azul!...

Junto a ella, un niño sobre un caballito;
un militar grave de ojos que acuchillan;
dos señores graves; y un baño en que chillan
dos infantes, tanto, que escucho su grito.

¡Ah, cuánta tristeza tienen los retratos
viejos de familia, que el hogar conserva!
Vidrios donde el tiempo se asoma y observa;
hojas que nos cuentan sombríos relatos.

Cabecitas rubias, cabelleras canas;
ojos que nos miran como esas estrellas
que aun muertas, irradian claridades bellas;
imágenes, sombras de vidas lejanas...

Todos marcharon... En la sala antigua
haciendo preguntas el benjuí se esfuma;
y un fantasma de humo, símbolo que abruma,
parece de un sueño la persona ambigua.

Los muebles conversan de moral austera;
cual féretro un piano, negro, taciturno,
se siente que quiere llorar un nocturno;
y enseña un teclado que es una escalera...

Manos, mariposas, ¿a dónde se fueron?
¿volaron en qué otros jardines de notas?;
si eran blancos lirios, ¿por qué como gotas
de llanto, en un féretro así, no cayeron?

¡Dios mío! parece que el viejo sahumerio,
al mundo en el humo lo metaforiza,
y como él encierra, llamas y ceniza;
ceniza, humo y llamas: tal es el misterio...

EL PERFUME DEL JUNQUILLO

INVIERNO... Domingo... Los viajes de tren...
Las quintas cerradas de un pueblo aburrido...
La estación; las niñas en el largo andén,
que casi no esperan a quien no ha venido...

Recuerdo mi infancia,
y me veo niño y sano y contento,
como si un espejo fuese esta fragancia
que me hiciera joven con su fresco aliento.

Veo nuestra casa de campo; la huerta,
el parral sin hojas; la invasión de yuyos
al sendero solo; nuestro perro Alerta,
que se enloquecía al ver a los suyos.

Veo tantas cosas... la hermanita buena
que me acompañaba, mi mejor amigo,
que hoy se halla muy lejos... y me da la pena
de no estar conmigo.

Toda mi familia, lo que yo más quiero,
me habla en este aroma de sol y de frío;
voces que perfuman, lenguaje sincero,
¡si así fuera el mío!

¡Cuánto me sugiere la flor del junquillo!
¡Oh cuántos recuerdos; cuántas cosas idas,
de un pasado humilde, vulgar y sencillo,
y que sin embargo, nos son tan queridas!

—"Volvamos; ya es hora"—mamá nos gritaba.
Era necesario terminar el juego.
El tren no esperaba,
y nos reñiría nuestro padre, luego.

Volvamos... ya es tarde. Se acabó la infancia;
se taló la quinta; se cerró la huerta;
pero aun nos queda con esta fragancia
la casa, y parece que abriera su puerta...



RESIGNACIÓN

Como quieras, Señor... Si es que Tú quieres
que muera de tristeza,
yo no diré una frase, y doblaré
mi cabeza.

Si no he de hallar ni un alma que me ayude,
ni un hombro en que apoyarme,
me dejaré llevar por donde quieran
arrastrarme.

Ni una frase, ni un grito, ¿qué podrían
si no pudo el dolor...?
Ni un reproche; pues era más, y nada
fué el amor.

Murieron mis ensueños, que otras cosas
no podían morir...
Tal vez yo ya no existo; pero debo
resistir.

Como quieras, Señor... Si es que Tú quieres
que muera de tristeza,
yo no diré una frase, y doblaré
mi cabeza.



VUELVO A TI

VUELVO a ti, corazón. Necesito tu ayuda.
Ya sé que he sido injusto contigo:
yo no debí entregarte a cualquier mano ruda;
pero tú me perdonas: ¡eres tan buen amigo!

Estoy mal. Me fatigan tantas frases y asuntos.
Te busco. ¿Dónde vives? ¿No me escuchas?
¿Por qué te di, me olvidas?... Si marcháramos juntos,
si no mejor, serían más firmes nuestras luchas.

Corazón, ya no me reconoces.
¡Soy tú mismo! Y regreso y regreso...
Si pudiera, aunque sé que sufres con los goces,
me acercaría a ti y te daría un beso.

CLARO DE LUNA

En el ángulo obscuro de la sala,
es sombra condensada el piano austero,
y alta su tapa por puntal de acero ,
parece un monstruo que batiera un ala
y mostrase enojado
la enorme dentadura del teclado...
Y en la blanca vidriera,
poesía hecha luz, la luna pasa,
y es como si se hubiera,
con su encanto, encantado nuestra casa.

—Toca "Claro de luna" de Beethoven:
¡quiero un claro de luna en nuestras almas!

El teclado se pliega
a las caricias de tus manos suaves,
como arroyito helado
que a las cálidas brisas salta y riega,
cantando por el prado;
a las caricias de tus manos suaves,
que vuelan cual dos aves
sobre el marfil, donde la luna juega.

Monótono y solemne, el piano gime;
y llueven en mi alma sus pesares;
monótono y solemne, cual sublime
canción que alzan los mares.
El "adagio" recuerda los jardines
que sueñan a los rayos de la luna,
donde imitando al cielo, los jazmines

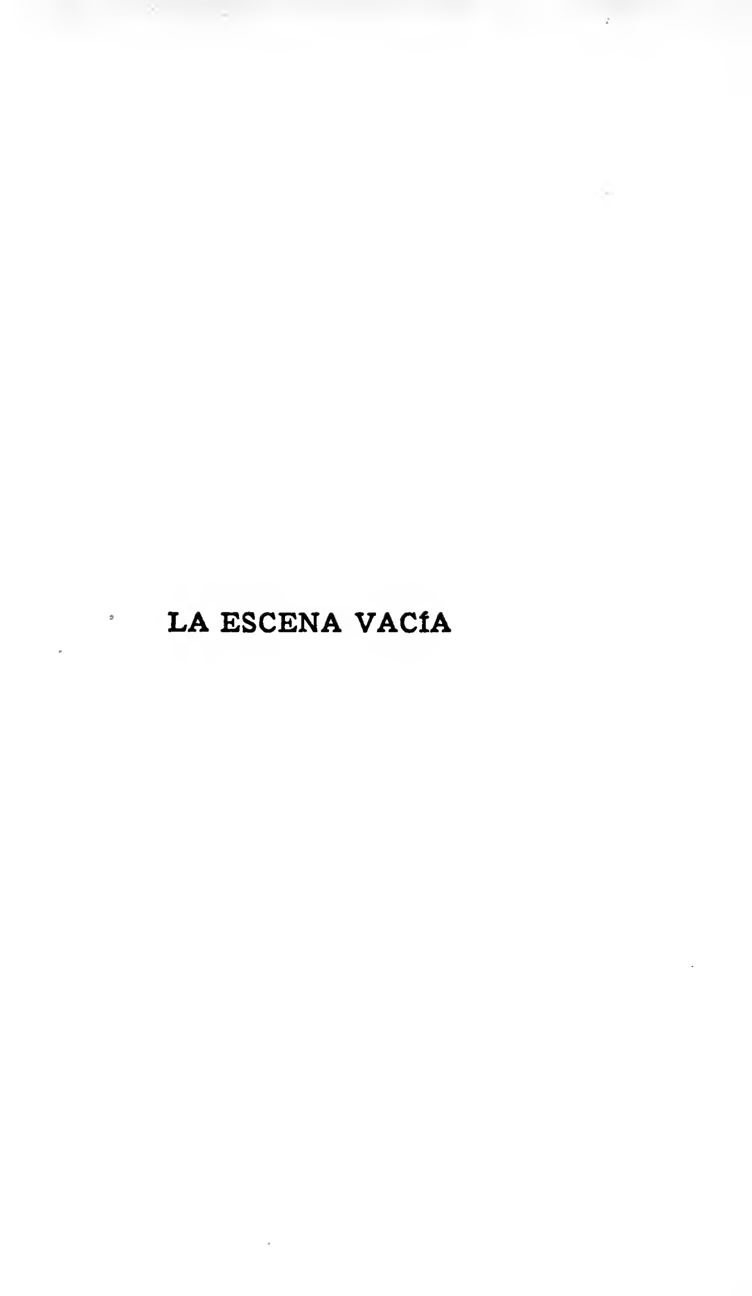
se llenan de estrellitas, y la fuente
hace una luna inmensa en su laguna.

Luego llora en nerviosas carcajadas
de armónicos sonidos,
y nos habla con ruegos y quejidos
de infinitas tristezas ignoradas...
¡Cómo cual corazón de cada nota
va el dolor de la vida palpitando!,
y su honda voz, dijérase que brota
del silencio, cansado de callarse...

Surgen fantasmas tristes en la pieza,
que hacen tras las cortinas, señas raras;
y con pesar, al conocer sus caras,
inclino mi cabeza...

Nos cerca, nos oprime, un mal extraño;
pasa un soplo de hielo.
Es cual una caricia que hace daño,
porque sugiere un imposible anhelo...
Tú sigues deshojando la sonora
fantasía, con tanto desconsuelo,
que más que el piano, es tu dolor quien llora...

La cruel sonata de Beethoven, cesa:
Amémonos, ya que en el mundo todo
menos amor, es lodo;
amémonos, por evitar la muerte
de una vida sin vida... Besa, besa
mi boca inerte con tu boca inerte:
¡quiero un claro de luna en nuestras almas!



LA ESCENA VACÍA

CUAL una conciencia por donde han pasado
mil hechos distintos, mil sueños de oro,
está el escenario desierto y callado,
con ese mutismo del antro sonoro...

Montañas y selvas de viejos cartones,
al fondo aparecen, cual formas de ideas;
y como en recuerdos, en otros telones,
confusas de sombras, campiñas y aldeas.

L aescena vacía parece caverna.
engarza con filas de palcos, la escena,
que es hueco de piedra caída en el mundo...
Sortija olvidada, de polvo se llena...

La escena vacía parece caverna.
¡Qué hondura!... Las vidas cual sombras pasaron
allí, palpitando detrás de una eterna
visión, luz celeste que nunca lograron.

Allí el Caballero del Cisne dejaba
a Elsa, su esposa, blancura hecha flor,
porque conocían su nombre, y pensaba
que muerto el misterio se muere el amor.

Allí, como en tela de antiguo abanico,
moría Traviata: ¡qué aroma de sándalo!...
Manón se escapaba con un viejo rico,
y Carmen hacía su trágico escándalo.

¡La vida!... La vida surgía cantando
con tal entusiasmo, que no era la vida.
Las notas, como astros, se iban llevando
al cielo, los ojos del alma perdida...

Y hoy nada: la escena cual lecho de un río
sin agua, se ha vuelto fangosa y obscura;
cual lecho del río que se halla vacío
y que antes corriera con tanta blandura.

Y hoy nada: el silencio cual pozo sonoro
que mira a la luna, con lóbrega calma.
Y pienso: cantando mil sueños de oro,
la vida nos deja la escena del alma...

CONVERSACIÓN SOBRE AMOR

EN el amplio salón medioeval,
sobre amor disertaba la gente.
El abate decía: "Es un mal,
que la vida hace atea y doliente".

Y la anciana duquesa, de cana
cabellera, cual pálida luna,
exclamaba: "Señor, fe cristiana,
es amar; es bondad y fortuna".

Querían todos lucir en el tema,
parecer ingeniosos y sabios,
y medían el hondo problema
antes que algo dijeran sus labios.

Para uno era flor que volaba
de alma en alma, cual las mariposas;
para otro era Dios que bajaba
a trocar corazones en rosas.

—"Amor quiere volar sobre todo"
alguien dijo—"¿Mas cómo explicáis
si es así, que dirija hacia el lodo
vuestro ser, cuando más ciego amáis?"

—"Es un niño, por eso es que juega
con crueldad infantil en el mundo".
—"Y si es niño, ¿cómo es que do llega
vence, y tiene saber tan profundo?"

—"Es un ciego"—"¿Y cómo es certero?"
—"Porque es dios..."—"Mas ¿cuál es la razón
del temor del que ama, no infiero,
si un dios lleva sobre el corazón..."

Luego dijo el abate: "El Demonio
casi siempre se asocia a Cupido",
y la anciana: "¿No es el matrimonio
sacramento por Dios instituído?"

—"Sin saber ni quién es ni a qué viene,
con sonrisas, le abrimos las puertas;
al llegar, mientras labra, entretiene;
al salir deja sólo almas muertas..."

Se callaron... sentían un lloro:
Era Hortensia, la triste condesa,
que esperaba el regreso de un moro
muerto en lucha, en lejana dehesa.

Todos mudos, inquietos salieron,
en tal frase de amor, pensativos;
de aquel llanto, las lágrimas fueron
como puntos, de horror suspensivos...

Alma, es vano que avives tus llamas
por decir del amor, si no adoras;
corazón que enmudeces, si amas,
¡cómo hablas de bien cuando lloras!

PRELUDIO VESPERAL

En brazos de la noche, la tarde se desmaya;
el silencio interroga y medita la rosa;
la pltegaria del bronce rueda sobre la playa
donde un barco aletea, como una mariposa.

Hablan de sus amores los huertos y jardines,
vuelan las mariposas como flores aladas,
y cual lágrimas blancas llovizan los jazmines
en el espejo terso de las fuentes rosadas.

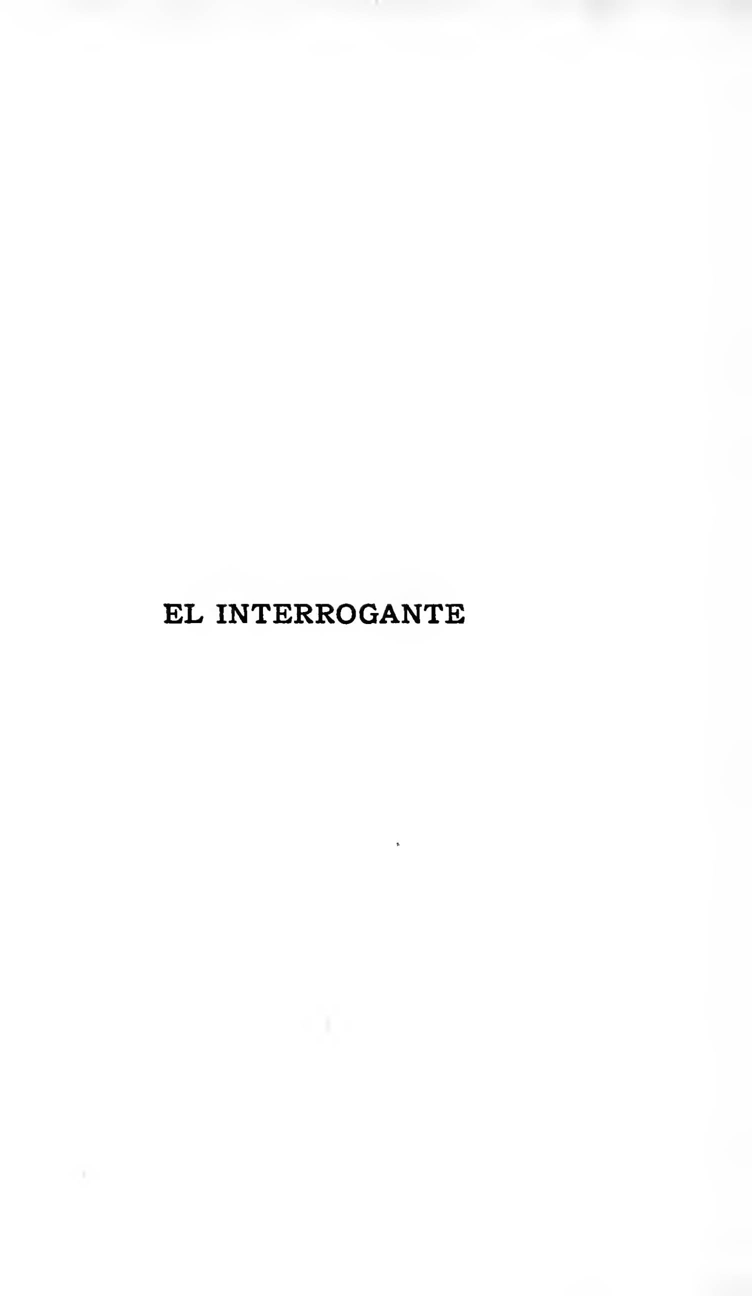
Al beso de los rayos postreros de la tarde
se templan las estatuas de mármol de las quintas,
y estimulado el fuego de sus pasiones, arde
como un sol en la nieve de sus carnes extintas.

Abrázanse las sombras y de amor se estremecen
bajo los altos pinos. Llora alguien invisible...
Los nidos en los hilos eléctricos parecen
las notas de un pentágrama fantástico y movible.

Como un párpado rojo se muestra el horizonte,
como llamas las nubes sobre el ópalo claro,
cual graves pensadores los árboles del monte,
y cual el parpadeo de un cíclope, el del faro.

Anciano sacerdote abre los ventanales
donde queda el recuerdo del crepúsculo muerto;
diríase que el rojo que adorna los vitrales
siente raras nostalgias de las luces del huerto...

Dios mira en una estrella. Pasa un beso doliente
perdido de la brisa... Se emociona la calma...
La tarde da un suspiro... El fraile alza la frente
y surgen olvidadas tristezas en su alma.



EL INTERROGANTE

Hijo del silencio, cuando nos quedamos
en la sombra, solos, su airosa figura
se alza y nos pregunta, con su lengua obscura
que es como un perfume, de lo que ignoramos.

Forma que al amante corazón le damos,
por dudar de un goce de tanta dulzura...
Esperanza el día de nuestra amargura
y pesar el día que nos alegramos.

Fin de toda idea tranquila y profunda;
gancho que es un ancla que se agarra al seno
de las cosas hondas, y por más que se hunda
nos ata a un extraño y oculto terreno...
Rastro que en sus vueltas el misterio traza,
y que siempre al signo del asombro, abraza.



OTOÑO

En el largo emparrado la tarde deja un velo
de misterio y de encanto... Rima la poesía
estrofas sin palabras que han bajado del cielo,
y sonríe llorando la gris melancolía.

Bajo la lluvia de oro de las hojas marchitas
se inclinan las estatuas de mármol del jardín,
con un místico arrobo de devotas contritas...
Lejos, se oye, de un ciego vagabundo, el violín.

Un árbol se desnuda en un trágico arranque,
y quedan como grietas, sobre el cielo, sus ramas;
aletea el crepúsculo por el nervioso estanque,
como un ángel de luces en un fondo de llamas...

Una turba de niños que sale del colegio
se derrama gritando, por la senda desierta,
y unas risas esparcen un cristalino arpegio
¡es que hay un nido roto! ¡es que hay un ave muerta!

Un ciruelo gotea sus hojas encarnadas,
como gotas de sangre; y un álamo de oro,
como un rayo de sol, abre sombras cerradas,
y corta el pensativo mutismo con su lloro.

Tres monjas, tres otoños, sentadas en su banco,
tejen para los pobres; y sus almas serenas,
como sus manos, tejen... tejen el sueño blanco
que debe darles alas y despojarles penas...

Ya es noche... ¡qué tristeza!... Tiemblan cual corazones
temerosos, los nidos. En su violín quebrado,
sigue llorando el ciego; y vagas oraciones
murmuran los jardines que otoño ha deshojado.

DON QUIJOTE REZA...

Ruega por nosotros que necesitamos
Las mágicas rosas, los sublimes ramos
De laurel! Pro nobis ora, gran señor.

Letanía de Nuestro Señor Don Quijote.

RUBÉN DARÍO.

CUANDO sepultaron al poeta muerto,
como si la tierra ganara en belleza
con aquel cadáver, se hizo toda un huerto,
y adquirió más voces la naturaleza.

Ni rezos, ni llantos, si no hubiera sido
por un gran cortejo de pinos quejosos,
que al saber la muerte, habían venido
en hileras negras, como religiosos...

Iban caravanas entre la espesura;
la niebla movía su traje de tul,
y se deslizaba la luna en la altura,
como un cisne blanco por un lago azul.

En aquella hora, bajó de la cumbre
un jinete blanco de serenidad.
¡La senda se hacía cual río de lumbre
al brillar la aureola de su santidad!

Apedreado y triste, rota la armadura,
era como un pobre, herido y maltrecho;
pero parecía su cabalgadura
de plata: la luna le daba en el pecho...

Era aquel demente que ansiaba ser justo,
caballero armado de la poesía,
peregrino augusto,
a quien sólo quiso la melancolía...

Brillaba su escudo, chispeaba su lanza
cual una linterna;
porque tal vez era rey de la Esperanza,
y traía al muerto claridad eterna.

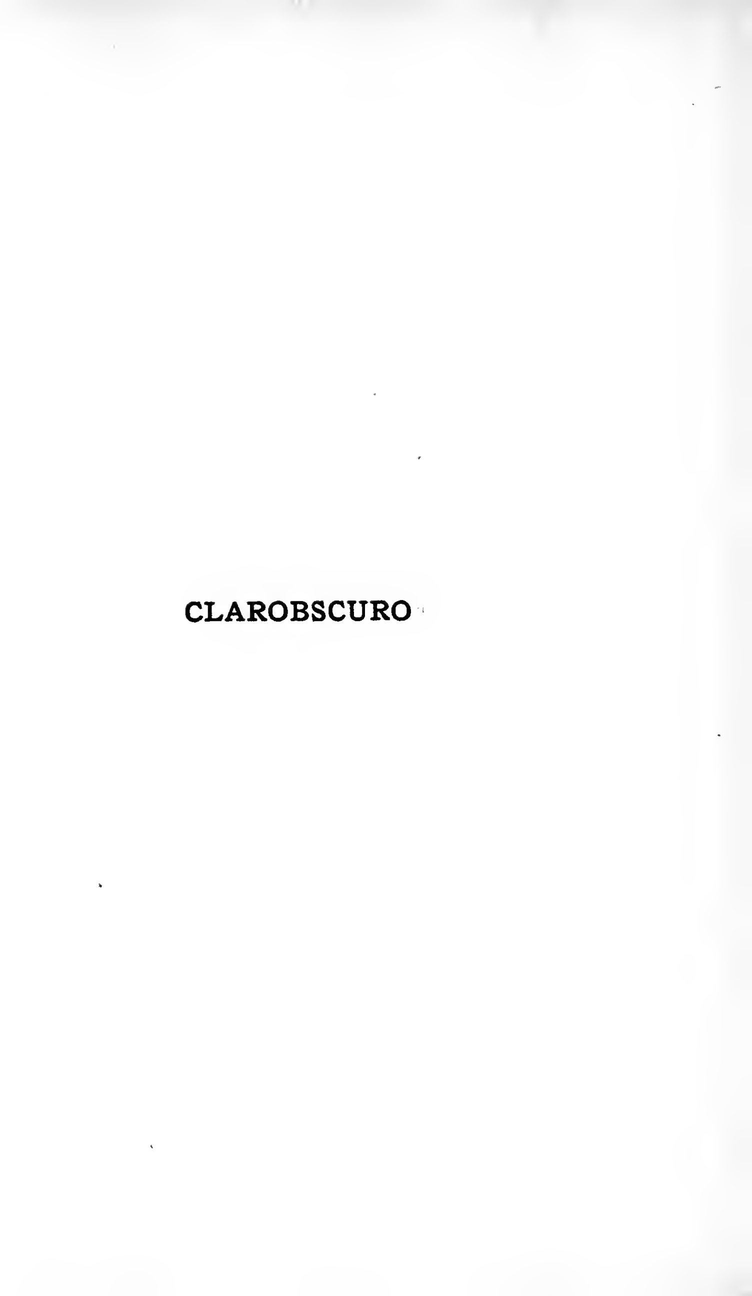
Venía de lejos, de un muerto pasado...;
enjuta la cara, los ojos brillantes
como si en el viaje hubiera llorado;
hidalgo, como eran los héroes de antes.

Llegó hasta la tumba, saltó del caballo.
Había un silencio que era una piedad;
chirriaba algún grillo, cantaba algún gallo;
los campos soñaban en su soledad...

Luego, junto al nombre de Rubén Darío,
puso un florecido ramo de laurel;
su sangre caía sobre el suelo pío
que guardaba al muerto, y rezó por él.
Y como en algunas "vidas" religiosas,
de la sangre mártir, se formaron rosas...

Si el cisne dormía en el agua quieta
de la eternidad,
despertó al reflejo que hizo la saeta
de oro, del rezo lleno de bondad.
¡Justo es que en la tumba de todo poeta,
su oración levante la heroicidad!

Así, el amado de la poesía,
consiguió el pedido de su letanía,
pues tuvo las rosas y el laurel en flor;
y vino de lejos, y hasta que despierte
estará a su lado, venciendo a la muerte,
nuestro ingenioso y noble señor.



CLAROBSCURO

La selva del recuerdo florecía,
como huerto de luz en Noche-Buena;
y bajo el ala de la luna llena,
estábamos sufriendo de alegría.

La soledad pasada nos unía,
y fuímos en silencio por su arena,
hasta llegar al margen de la pena,
donde un río de luces se veía.

Sentimos renacer aquel delirio
de ternura y bondad, como un quebranto...
¡Ah, la dicha tan cerca del martirio!...

Después, enternecidos de consuelo,
vimos, por el temblor de nuestro llanto,
más grandes las estrellas en el cielo.



TARDE RELIGIOSA

El crepúsculo al morir,
hace del cielo un infierno.
Pensamos en el eterno
mundo, en que hemos de vivir.

Ávida el agua de luz,
por su amor se diviniza,
lo mismo que se idealiza
Magdalena, por Jesús...

Tan grande es la paz, que pesa;
la paz honda de la muerte;
y — ¿despedida? — se advierte
que alguien nos llama y nos besa...

En el espacio de raso
el color se va extinguiendo,
como se está consumiendo
algo nuestro, en un ocaso...

La brisa vaga olorosa
y fresca: Se pensaría
que diluvian este día,
las rosas de Santa Rosa...

La tarde se acuesta y muere
en una playa de oro;
y se oye un ahogado lloro,
¿De quién?... ¡Ah, cómo la quiere!

Tanta pena hay, que parece
que una casita muy blanca,
sobre la agreste barranca,
de emoción, empalidece.

Un árbol se inclina tanto
como si fuera a rezar;
y el anhelo de volar,
da a todo un aspecto santo.

Como en un ensueño lejano
de compasión, nos hundimos;
y, temblorosa, sentimos
una mano en nuestra mano.

Una voz que hemos oído
otras veces, nos murmura
su pasión, con la dulzura
de un placer entristecido....

¿Quién será? Si es que nos ama
no debe ser de este suelo...
Tal vez, sólo es el consuelo
de soñar que alguien nos llama.

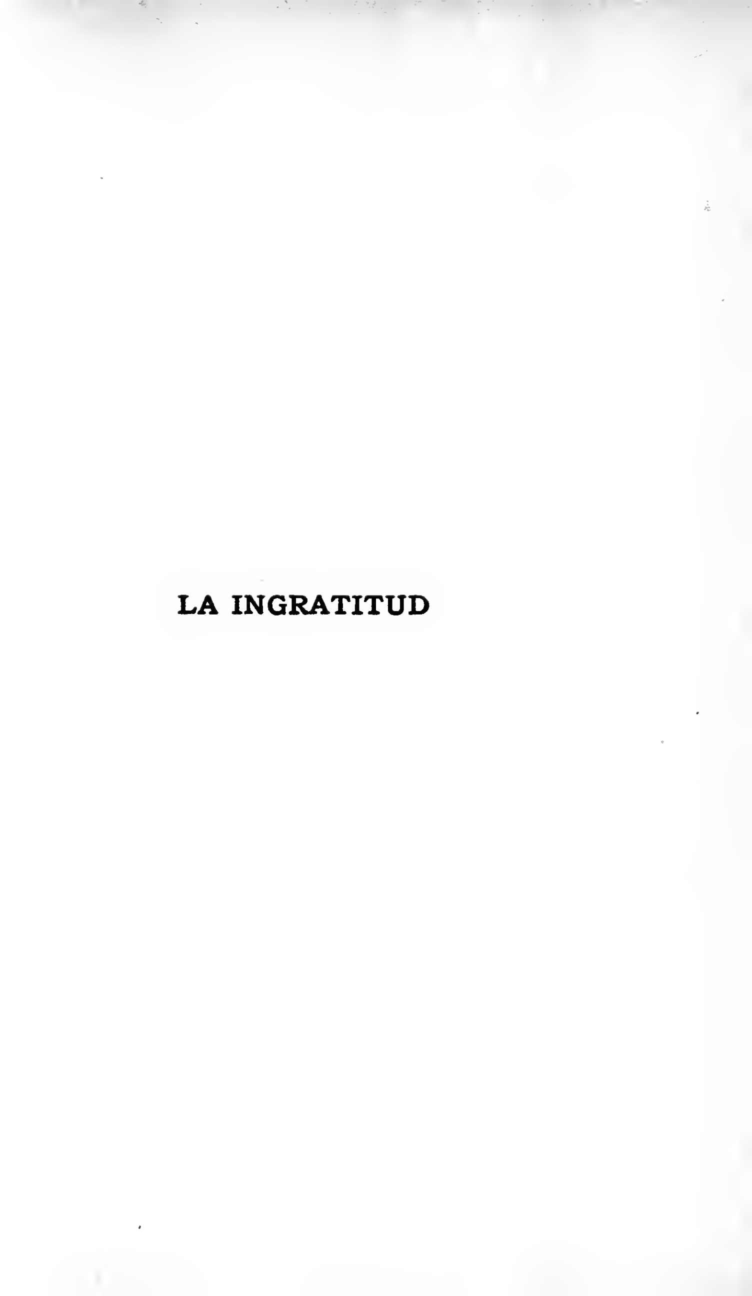
Nos ahoga la emoción
de esta bondad misteriosa.
Se oye que hay en cada cosa
palpitando, un corazón...

Y pensamos en la trunca
historia, de un loco ensueño,
y en el inútil empeño
por lo que no vino nunca.

Los que se fueron, los muertos
queridos, los olvidados,
pasan cual monjes callados,
por las sendas de los muertos.

Como Cristo de rodillas
en el Huerto de Amargura,
imploremos a la altura
con el llanto en las mejillas.

Recemos en la agonía
de esta hora. Algo vendrá
después, que no morirá...
¡Dios te salve!... ¡Ave María!



LA INGRATITUD

JESÚS quiso de nuevo predicar por el mundo
para salvar al hombre y enseñar la piedad;
Todos creían que era un raro vagabundo,
e ignoraban su nombre, pero no su bondad.

En Él no se veían señales de martirio;
su pasión, de profunda, se había hecho escondida;
tan sólo algo manchaba su mejilla de lirio,
como un beso que hubiese llegado a ser herida.

La vida era una planta generosa de flores;
y el corazón, la eterna rosa de Jericó,
que se abre con el agua fresca de los amores,
esos días de nardo, como nunca se abrió.

Todos eran felices. La dicha de ser bueno
extendía sus alas del puerto a la comarca;
por sobre las fatigas estaba el Nazareno,
como la vela trémula sobre la inquieta barca.

Una tarde que Él iba de lugar en lugar,
vió que unos labradores hachaban una higuera,
porque ya no tenía dulzuras que entregar,
y que el río tronchaba la flor de la ribera.

La flor que fué hasta el agua movida por su afecto
y que alargó su tallo, para ofrecer su olor.
Una azucena leve se entregaba a un insecto
obscuro y volador...

Jesús bajó los ojos, y se hizo de noche...
Él, que ya se alegraba de su obra, tuvo dudas.
¿Cual la otra vez sería, la bondad un derroche
de Dios sobre los hombres? Y se acordó de Judas...

Y pasó por un huerto de mirtos y de aromos,
y llegó a una alquería. La gente estaba triste.
Unos hombres llegaron y le dijeron: "Somos
desgraciados, e hicimos lo que Tú nos dijiste".

"Para entregar el alma la volvimos más pura,
y ahora la desprecian... Tu enseñanza, maestro,
porque nos hizo buenos, aumentó la amargura
de ver cómo nos miran, desde lo que era nuestro..."

En aquel sitio siempre buscaban la consulta
de Jesús, le creían un mago con piedad;
serenaba las vidas con su palabra oculta
como un mar que se calma con una claridad.

El Señor, que sabía vencer toda tristeza,
tan pálido se puso, que el camino plateaba... ;
al oír esas frases, inclinó su cabeza
y se fué, para que no supiesen que lloraba...

Y las gentes dijeron: "—Este hombre nos engaña;
no es sabio ni piadoso; si es un brupo cualquiera".
Cristo ya estaba lejos, subiendo una montaña
que se llenó de flores: tal vez le conociera...

Se fué; pero nos quiere y aparece en las rosas;
en los astros que guían la tierra y que no vemos...
En la pena sentimos caricias misteriosas:
¡Es el Señor, que vuelve y no lo conocemos!...

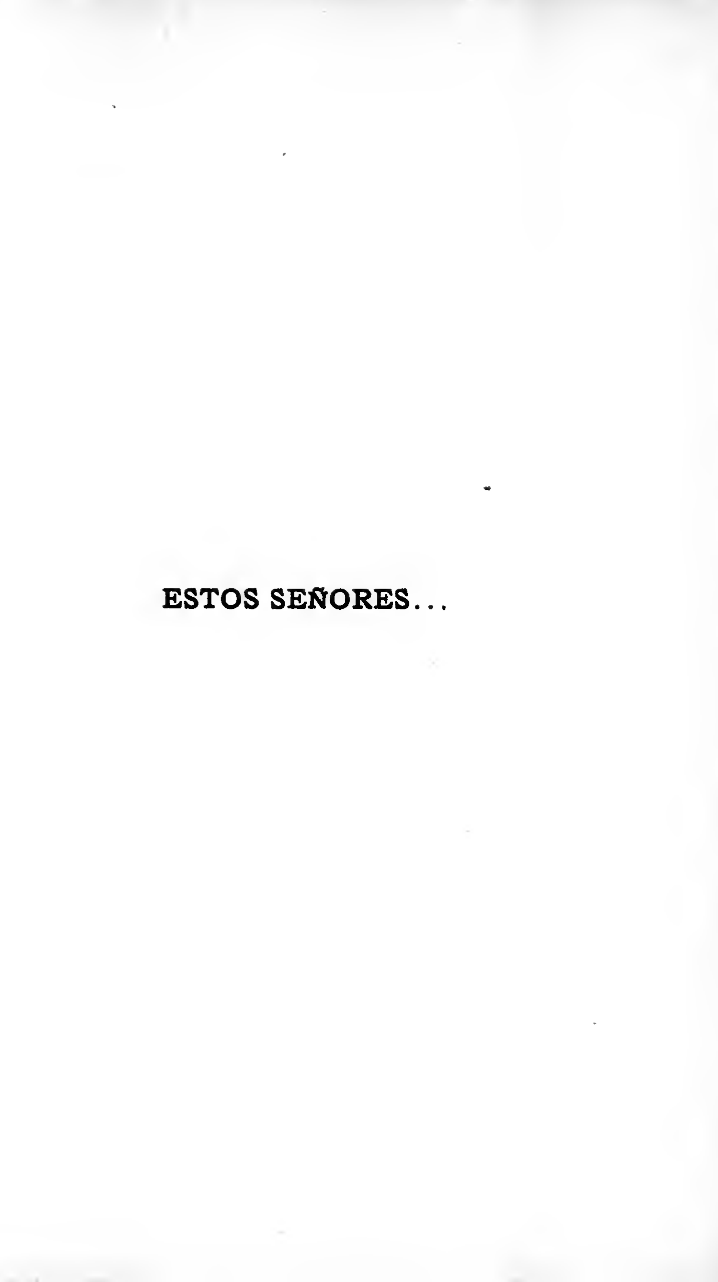
ES ASÍ

DISTE tus cariños y los arrojaron
en una carrera, buscando otra cosa...
—¡Sana Poesía, ten piedad de mí!—
Virtudes y ensueños te perjudicaron,
e irritó el ejemplo de tu alma hermosa.
Pero no te quejes: la vida es así...

Te quedaste solo; viste indiferentes
a los desgraciados que te comprendían.
—¡Santa Poesía, ten piedad de mí!—

Y no penetraron todo lo que sientes
y callas, los seres que más te querían.
Pero no te quejes: la vida es así...

Y ahora estás enfermo: no consigues nada.
¿Llamas?, ¿a quién llamas?... ¿Todavía esperas?
—¡Santa Poesía, ten piedad de mí!—
¿Oyes batir de alas? Sí; una bandada...
Mejor que no sepas; porque si supieras...
Pero no te quejes: la vida es así...



ESTOS SEÑORES...

Estos señores graves me llenan de tristeza,
con su andar caviloso y sus normas exactas,
que revelan desprecio por la delicadeza,
y que tienen ideas sólidas y compactas;

estos señores graves, fuertes sin fortaleza,
que sólo son irónicos con las cosas abstractas,
y nos reprochan nuestra pasión por la belleza
porque la han visto inútil en su libro de actas;

para vencer — ¡muy dignos! — el corazón cambiaron
por un reloj, con una cadena que los ata,
y desde entonces fueron correctos y medraron

y viven respetados y se hinchan de aire probo;
pero no son felices, pues su amor a la plata
como a esposos, les hace sentir celos del robo.

INSOMNIO

ABRIGADA de sombra, la huerta se ha dormido
al monótono arrullo de la fuente que leda,
desgrana sus collares, con infantil descuido,
sobre el ávido césped, brillante cual de seda.

Respiran sus aromas las encarnadas rosas,
y tanto amor encierran, que templan el ambiente:
son como corazones que en las sendas tortuosas
derraman, cual por venas, soplos de vida ardiente.

El vergel soñoliento de perfumes se embriaga;
agítase inseguro, y erguido, se subleva...
El silencio desgarra, como herrumbrosa daga,
el canto interrogante que un ronco gallo eleva.

Las palmeras parecen arañas colosales
y sus gruesos racimos de cocos, chorros de oro;
los compactos cipreses, como negras señales
de admiración, se elevan junto al lago sonoro.

Sonoro como un pozo, con las voces del eco,
los ensayos del grillo que eternamente afina,
las vagas melodías de su follaje seco
y el ritmo, cual latido, del agua cristalina.

En sus ondas azules, con vaivenes de cuna,
un cisne que es un blanco silencio se desliza
como en el cielo obscuro la misionera luna;
el astro de los sueños que a la tierra idealiza.

¡Qué noche! Su dulzura de angustia el alma llena,
cual caricia infinita; por caridad parece
que una mano de seda la existencia serena,
y el corazón llorando, su ternura agradece.

Y estoy solo, tan solo, que de mí tengo miedo;
el silencio me oprime, como una fría lápida;
llamo... y todos se alejan... ¡Oh, qué solo me quedo
ante el mar que me inunda, cual ola negra y rápida.

Como Edgar Poe, siento que a mi ventana tocan
dulcemente unas alas, temblorosas, inciertas:
es un áureo torrente de hojas secas que chocan
en los vidrios, y vuelan, cúal mariposas muertas...

INTIMA



¿QUÉ soledad, Dios mío, qué soledad es ésta?
He derrochado en vano mi bondad y cariño,
como quien echa flores a un arroyo que pasa;
he puesto el corazón ante todas mis cosas,
como escudo, y lo han roto con violencia los golpes;
he querido tener una casa en las nubes,
donde abrir una puerta, fuese ver una estrella;
y el viento se ha llevado las nubes y los astros...
Y sin embargo tengo, como todos, un alma.

¿Qué soledad, Dios mío, qué soledad es ésta?
No encuentro quien me quiera; ¿no es cierto que parece
una frase tan sólo para la poesía?
Y es la verdad: no encuentro... Yo he visto la mirada
celeste del cariño; pero la he visto siempre,
como se ve una estrella caer sobre la tierra
y que nunca desciende donde estamos nosotros...
He observado caricias que extenuaban dos manos;
y he oído palabras que eran besos con nombre,
como unos pajaritos que iban para otra selva...
Y sin embargo tengo, como todos, un alma.

¿Qué soledad, Dios mío, qué soledad es ésta?
Y la vida se vuela, y la paso diciendo
lo que dicen: — ¡qué hueco! — En silencio me marcho.
La maldad y el desprecio, las vilezas y el odio,
no han sido mis torturas; tú, sólo, Indiferencia,
cual hija de la nada, me cerraste la vida
con tu puerta de mármol, a donde tantas veces
como una aldaba inquieta golpeó mi corazón...

Tú, sorda, no sabías lo que yo te decía,
y te pusiste el dedo en los labios: — "Silencio"...
Te pedí: — "Deja que entre con premura. Yo busco
quien me quiera..." No oías y cerraste la puerta...
Y me he quedado solo, lo mismo que esos perros
que vagan por las calles, rogando con sus ojos
humanos, que los lleven al calor de un hogar...
Y me he quedado solo, como una hoja mustia
barrida por los vientos en una primavera...
Y sin embargo tengo, como todos, un alma.

PARA TI

PARA tí que estás lejos y a quien no veré nunca,
alma hermana que sufres de mi propio sufrir;
que soñaste tu vida, rama que dejó trunca
el vivir.

Para tí a quien no llamo; pero que sé que existes.
porque te siento en mí,
como caricia leve, muy leve, en horas tristes...
¡Ah, sí, sí!

No tengo más. Perdona, pues todo lo he perdido
en una inundación de mi dolor;
sólo una cosa ha resistido:
tu amor.

Para tí son mis risas, mi entusiasmo, mis cantos;
la alegría sin causa que en mí suele brotar;
y mis llantos, que quiero se vayan con tus llantos
a juntar.

Y todo es para tí, vida desconocida,
suspiros que contuve, caricias que no dí;
hasta el opaco y hondo silencio de mi vida,
para tí...

INDICE

"ANIMULA VAGULA BLANDULA"

(Ultimas palabras del emperador Adriano).

IMPRENTA MERCATALI
AVENIDA ACOYTE 271
BUENOS AIRES